tros preocupados por hacer de la obra una ecuación plástica. Es decir, orden en el lirismo y en la fantasía. Claridad analítica en la imaginación constructiva. En suma, predominio de las razones formales sobre la naturaleza.

Nada de ello le ha impedido dejar sobre la tela una de las más hondas y humanas exaltaciones de la vida con que cuenta la pintura universal.

<https://doi.org/10.29393/At346-347-82CRAR10082>

EL CASO RUGENDAS

El pintor bávaro Rugendas no ha sido estudiado con la atención que merece. Lo trajo de Europa su afán romántico de recorrer espacios. Pero no es el suyo un caso singular o insólito. Al contrario, responde en forma inexorable a los ideales de su tiempo. Los artistas del Viejo Mundo hacia 1820 quieren buscar expresiones nuevas y se echan a andar por los caminos. Su meta son las ruinas, los paisajes umbrosos, los pueblos hundidos en el olvido, las tierras inéditas y de leyenda.

Robert, Duzats, Doré, Blanchard, van a España. Este último pintor, discípulo de Groz, realiza un cuadro cuyo solo título es un manifiesto del romanticismo viajero de la época: "José María, bandido español". Lo importante, más que el Tempranillo —sobrenombre del salteador de caminos—, es el nimbo sugestivo que mana de las montañas intrincadas y laberínticas de la Andalucía romanecesca.

Monvoisin y Rugendas vinieron a América atraídos por el romanticismo chateaubrianesco de selvas y ríos. Rugendas es personaje de leyenda. Tres viajes hizo a las nuevas y fabulosas tierras. Y cada vez su tesoro volvía acrecido. Tesoro espiritual, se entiende. No era oro lo que llevaba el pintor de Augsburgo, sino carpetas cargadas de apuntes que reproducen cabezas de indígenas, ruinas, escenas costumbristas, paisajes. "Me he cansado de ver dibujos de Rugendas —escribe un día en su "Journal" Eugenio Delacroix—; pero son admirables".

Fué el primer pintor costumbrista de la plástica chilena. No se perdía, sin embargo, en lo pintoresco ni en la rebusca de lo "típico" lo debido a esa plástica. Y así en "La batalla de Maipú" se advierte un técnico poderoso y un pintor de fuerza capaz de resistir el parangón con los maestros europeos de su tiempo. Las cabezas de los caballos poseen un movimiento brioso que no desdeñarían los pinceles dinámicos de Eugenio Delacroix. La pintura se esmalta por la aplicación rigurosa de un oficio perfecto, y el color, tan subido de tono, recuerda las primeras conquistas de los orientalistas y renovadores de las nieblas museales.

Supo captar cabalmente la expresión nativista de los pueblos americanos recorridos por su pie andariego y curioso. En "El huaso y la lavandera" (Museo de Bellas Artes), ha logrado armonizar la mancha rotunda del rojo en medio de unos ocre y verdes, sin que la pintura —muy bien compuesta— deje de mostrar su característica superficie de porcelana y una vaga reminiscencia de cartón gyesco.